Ediciones Era

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

CASA UNIVERSITARIA DEL LIBRO
EDITORIAL UNIVERSITARIA UANL

www.edicionesera.com.mx

Bolívar Echeverría

Ziranda

www.edicionesera.com.mx

Bolívar Echeverría

Ziranda

Prólogo de Isaac García Venegas

Imágenes de Alberto Castro Leñero

Ediciones Era

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

CASA UNIVERSITARIA DEL LIBRO
EDITORIAL UNIVERSITARIA UANL

www.edicionesera.com.mx

Coedición: Ediciones Era / Universidad Autónoma de Nuevo León

Primera edición: 2019
ISBN: 978-607-445-535-9 (Era)
ISBN: 978-607-27-1163-1 (UANL)

DR © 2019, Ediciones Era, S.A. de C.V.
Centeno 649, 08400 Ciudad de México
Oficinas editoriales: Mérida 4, Col. Roma,
06700, Ciudad de México
www.edicionesera.com.mx

Universidad Autónoma de Nuevo León
Padre Mier no. 909 poniente, esquina con Vallarta
Centro, 64000, Monterrey, Nuevo León, México
(81) 8329 4111
editorial.uanl@uanl.mx
editorialuniversitaria.uanl.mx

Imagen de portada: Alberto Castro Leñero
Diseño de portada: Juan J. López Galindo

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Este libro no puede ser fotocopiado ni reproducido
total o parcialmente por ningún otro medio o método
sin la autorización por escrito del editor.

This book may not be reproduced, in whole or in part,
in any form, without written permission from the publishers.

www.edicionesera.com.mx

www.edicionesera.com.mx

A Raquel Serur

www.edicionesera.com.mx

Prólogo

Ziranda tuvo un doble nacimiento. El primero, cuando Bolívar Echeverría escribió un conjunto de aforismos inspirado por la *Minima Moralia* de Theodor W. Adorno, libro del que impartió un curso. Aunque no tenemos una fecha precisa de cuándo lo hizo, se intuye que los escribió entre 1997 y 2002. Por supuesto, no hay ningún dato que excluya la posibilidad de que algunos los hubiese escrito antes de esos años; sin embargo, al leerlos, queda claro que no lo hizo de una sola vez. Son aforismos pensados, meditados; escritos, la mayoría de ellos, en diferentes momentos a lo largo de ese periodo. El segundo nacimiento de *Ziranda* fue cuando, ya organizados, esos aforismos se publicaron en ocho números de la *Revista de la Universidad de México*, a lo largo del año 2003. A diferencia del primero, este segundo nacimiento fue el resultado de una colaboración azarosa.

A Bolívar Echeverría lo conocí en 1994, siendo yo estudiante de la carrera de historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Sin otra referencia que una recomendación, me invitó a participar en un proyecto de investigación sobre la cultura política moderna en América Latina. Al hacerlo, también me hizo un encargo muy específico: realizar un estudio histórico de caso poniendo a prueba su teoría del cuádruple *ethos* de la modernidad, de manera muy especial, el *ethos* barroco. Joven al fin, asumí la tarea con más entusiasmo que talento, sumergiéndome en el tema de la piratería americana en el siglo XVII.

Al poco tiempo, comencé a pensar si ese encargo no había sido una ironía más de las que él, para entonces me quedaba claro, ejercía frecuentemente. En efecto, por debajo de su aspecto serio y adusto, reflexivo e impasible, había un constante ejercicio de la ironía, tan fina y sutil, que a menudo pasaba inadvertida. Me di cuenta entonces de que ese filósofo al que le precedía la fama disfrutaba de la vida mucho más de lo que su apariencia permitía suponer; no cabe duda que tenía un alma risueña. Quizá por eso rehuía esa persistente tendencia a colocarlo en un pedestal, precisamente a él, que había encontrado en el disfrute uno de los aspectos centrales del *ethos* barroco.

Desde entonces, nuestros caminos se cruzaron muchas veces y de muy diversa manera hasta el día de su muerte. *Ziranda* es uno de los entrecruzamientos más entrañables para mí. A finales de 2001 me integré al equipo editorial encabezado por Ricardo Pérez Montfort, que a partir de enero del año siguiente, daría forma a una nueva época de la *Revista de la Universidad de México*, una de las publicaciones más importantes y longevas de la vida editorial mexicana. Al comentar esa nueva aventura personal con Bolívar Echeverría, descubrí su *pasión* por las revistas, por ese objeto llamado revista. Incluso me hizo una propuesta muy barroca: que diéramos forma a una sección que contara la historia de otras revistas; es decir, una suerte de *Meninas* de revistas.

Por diversos motivos su propuesta no prosperó. En cambio, tras meses de insistencia, terminó por aceptar mi invitación de que se hiciera cargo de una columna para cada uno de nuestros números mensuales. Vinieron entonces algunas conversaciones infructuosas sobre el contenido y nombre de su colaboración. Tal vez cansado de nuestro andar en círculos, un buen día me hizo entrega de una veintena de hojas con textos inéditos suyos. Al dármelos me dio la indicación de que escogiese los más convenientes para publicarse de acuerdo con el tema central propuesto para cada número. Mi apresurada respuesta, "Pero Bolívar…", se quedó en el aire. Ése era también su modo de enseñar: dejar *hacer* a los demás. Fue entonces cuando me di de bruces con la conciencia del quehacer editorial: hay que escoger, decidir, inventar. Sin más remedio, y con una mezcla difícil de definir, porque en ella había expectativa, reverencia, curiosidad y temor, leí lo que me había entregado. Mi sorpresa fue enorme.

Se trataba de un conjunto de aforismos sobre los más diversos temas, carentes de orden y de título, con muy distinta extensión. Sin embargo, detrás de este aparente desorden, prevalecían las reflexiones sobre la contradicción entre valor de uso y valorización del valor; la modernidad; el capitalismo; el comportamiento barroco; el mestizaje; la cultura política latinoamericana; el exilio. Si bien esos aforismos eran reconocibles por su contenido, no lo eran tanto por su forma, atípica en comparación con lo que hasta entonces el filósofo ecuatoriano-mexicano había publicado, desde *El discurso crítico de Marx* (1986) hasta *Definición de la cultura* (2001).

Por tratarse de aforismos o fragmentos que, como afirmó Adorno de los suyos, son "lugares de partida", esto es, ni concluyentes ni definitivos, cabía

darles cualquier tipo de orden. Me solacé jugando con ellos, cual si se tratase de distintos rompecabezas. Pero obligado por el tema de cada número en el que la columna habría de aparecer, y reconociendo en ellos algunas temáticas eje, hice una selección, les di un orden, atreviéndome incluso a ponerle un título a cada aforismo. Todo eso se lo envié a Bolívar Echeverría, que no hizo ningún cambio en cuanto a la selección se refiere, pero sí modificó gran parte de los títulos, y dejó algún aforismo sin nombre. También, con la ironía que le caracterizaba, propuso un título para cada colaboración mensual. Así mismo, me indicó que deseaba que su columna llevase el nombre de *Ziranda*; según me explicó, era el nombre de un juego consistente en resistir la mayor cantidad de tiempo posible la fuerza centrífuga que se genera cuando todos los participantes, asidos de cada una de las largas cadenas que descienden de la punta de una suerte de mástil de altura considerable, se impulsan corriendo para luego, en virtud de semejante fuerza, volar por los aires. Sobra decir que el título me pareció hermoso y significativo: una invitación a emprender el vuelo del pensamiento.

Años después, Bolívar Echeverría pidió a Javier Sigüenza, su asistente y responsable de la página personal del filósofo, que a ella subiera los aforismos de *Ziranda*, dedicados a Raquel Serur. Esta versión cambia mínimamente con respecto a la que se publicó en la *Revista de la Universidad de México*: una columna llamada *Fragmentos* ahora se llama *Desarraigos*; en ella está ausente un aforismo titulado "La Malinche y el látigo", se le quita el título de "Estrategia barroca" a otro y, en *Cavilaciones de Clío*, se añade el aforismo llamado "*Guts*". Salvo eso, e insignificantes cambios, *Ziranda* es fundamentalmente lo mismo que se publicó en 2003.

Ahora, en una suerte de tercer y definitivo nacimiento, la editorial Era ha decidido publicar *Ziranda* como un libro, además bellamente ilustrado. De nuevo, las *Meninas* sirven de inspiración: el nacimiento de un nacido que previamente supo que ya había nacido.

Isaac García Venegas

www.edicionesera.com.mx

Desarraigos

"Dínos algo en alemán"

Tal o cual cosa no es "decible" en la lengua A, dice en la lengua B un hablante natural de ésta que cree conocer bien la primera. Y dice con ello una tontería, puesto que, si esa cosa no es "decible", menos aún es "deseable de decir"; el sujeto hipotético que querría y no podría decir algo es un sujeto absurdo, abstractamente universal, que en verdad no podría decir nada en ninguna lengua, puesto que no tendría una lengua hablable, concreta, natural ("materna"); un sujeto para el que el concepto, como contenido, no tendría una relación de interioridad con la palabra, que sería simplemente su vehículo. Voluntad de decir una cosa y disposición de esa cosa a ser dicha van juntas. Para desear decir esa cosa, que cuando debe decirse en la lengua A se cambia de repente por otra, el sujeto lingüístico formado en la lengua A, la voluntad de decir en A, tiene que convertirse en voluntad o sujeto operante en la lengua B, esto es, pasar a ser otro. Convertirse al mismo tiempo en extranjero para los otros, en cohablante extraño de la lengua B para sus hablantes naturales, y en extranjero para sí mismo, como representante de los hablantes naturales de la lengua A. Es un paso que implica siempre la postulación de una lengua tercera, virtual, rebasadora y mestizadora de las dos –que son impermeables entre sí–; porque el traslado o la "translinguación" son siempre imperfectos, incompletos; porque la metamorfosis del hablante natural de A en hablante de B queda siempre a medias y porque, sin embargo, su uso "deformador" de B resulta finalmente

válido para sus cohablantes, los hablantes naturales de B. El habla a la que el extranjero somete a una lengua es uno de los principales instrumentos de la autotransformación histórica de ella; es la que la lleva a ejercer, enfatizada como conflicto, la productividad muy especial de la función metalingüística, cuyo descuido puede tener para ella consecuencias mortales.

La chola Julia

Hace cinco siglos, cuando comenzaba a imponerse la modernidad, la india Malinche propuso en la práctica la misma solución al problema de la afirmación de una identidad social concreta en medio del proceso de universalización de lo humano que ahora –cuando la misma modernidad parece cerrar su ciclo histórico– encuentra también Julia Kristeva. Se trata de una solución que difiere de la que se genera espontáneamente en el escenario del mercado: la del *apartheid* de las identidades, de la tolerancia y la indiferencia ante lo otro. Su solución era la del mestizaje; una estrategia que parte de una falta de respeto ante la autoridad de todo lo heredado, lo propio y lo ajeno en igual medida, de una toma de distancia irónica ante la forma consagrada de todas las identidades tradicionales, y que se desarrolla como una crítica admirativa de lo otro a través de una autocrítica desencantada de lo propio; como un rebasamiento de la tolerancia que lleva a la identidad de cada quien a meterse con la otra en términos de igualdad, para devorarla al mismo tiempo que se deja devorar por ella.

"De esos vasos comunicantes [entre la lengua francesa, que invade, y la lengua búlgara, que cede] emerge una palabra extraña, extranjera a sí misma, ni de aquí ni de allá, una intimidad monstruosa... Yo soy –dice Julia Kristeva, como debió haberlo pensado la india Malinche cinco siglos atrás– el monstruo de una encrucijada. En el cruce de dos lenguas y de por lo menos dos tiempos, amaso un idioma que busca vestigios para extraer las alusiones patéticas, y bajo la apariencia lisa de estas palabras francesas, pulimentadas como la piedra de las pilas bautismales, descubro el oro ennegrecido de los íconos ortodoxos. Gigante o enano, el monstruo disfruta el jamás estar conforme consigo mismo, al tiempo que exaspera a los autóctonos, a los del país de origen y a los del país que lo recibe."

www.edicionesera.com.mx

El monstruo mestizo ha tenido a su cargo el dinamismo de la historia de la cultura; ha transitado siempre, de ser primero despreciado como una malformación, a ser finalmente consagrado como modelo clásico. Sólo que esta secuencia, que en épocas premodernas sucedía en escenarios acotados y en un ritmo tan lento que ocultaba su contingencia y llevaba a que se lo creyera único y definitivo, tiene lugar ahora –en medio de la gravitación generalizada que nos lleva a todos más allá de la modernidad– como un proceso abierto al escenario mundial y a la intervención de otros procesos similares. El monstruo mestizo aparece ahora, en cada caso, combinando su singularidad con otras, alterando sus contenidos a medio camino y cambiando el ritmo de su ciclo; está integrado en una historia global de diversificación, sobre un piso que no tiene ya, como antes, la solidez de un territorio, sino la inestabilidad de las aguas de un río que no se sabe a dónde lleva.

Más allá de la receta liberal para evitar "los Sarajevos y las Chechenias", la de proteger y hacer fructificar, en tolerancia de *apartheid*, las lenguas y las culturas nacionales, Julia Kristeva prefiere pedir que se acepte y se reconozca la presencia de la humanidad en mestizaje, esa "humanidad nómada que ya no desea permanecer tranquila en su lugar"; que se fomente la gestación de "nuevos seres de idioma y sangre, arraigados en ningún idioma y en ninguna sangre".

Reducir cada vez más las dimensiones de la propia vida, con el objeto de seguir viviendo, es una estrategia de vida que no es la barroca sino la de un realismo acosado por la imposibilidad de producir. La que sí lo fue es la estrategia que siguió el presidente del Consejo Judío del Gheto de Varsovia: hacer que la vida de su gente sea rica en medio de la más extrema miseria, asegurar en la supervivencia de los huérfanos la continuidad de su pueblo. Sólo cuando vio que esto último ya no era posible, que el castigo del Dios de Abraham era total, que él mismo debía dar muerte a los niños que estaban a su cargo, mandándolos "hacia el Este" (a los campos de exterminio), desobedeció, tiró lejos el cuchillo del sacrificio y recurrió al suicidio.

La estrategia barroca tiene siempre como horizonte al suicidio: "afirmar la vida hasta en la muerte" implica suponer que la posibilidad de hacerlo es limitada, que bien puede llegar el momento en que para afirmar la vida haya que terminarla. Por eso, tal vez el arte que habría que ir perfeccionando para el futuro próximo sea el arte del suicidio.